

GASTON GOMEZ LASA.

PROLEGOMENOS A UNA ANTROPOLOGIA Y FILOSOFIA DE LA HISTORIA

Lo eterno lleva en sí mismo el fundamento de su realidad. Tal es lo que puedo afirmar del hombre histórico: Y la historia es la creación del hombre trágico; es el escenario viviente de una humanidad que, dominada por un fervor divino, huye consciente o no consciente de la nada y de la finitud de su propia existencia.

El ser natural, el ente natural, concepto imperfecto, comparte trágicamente aquella servidumbre, aquella sumisión a ciertas tiránicas leyes con la naturaleza.

En una etapa que jamás podremos precisar con relativa exactitud, se irguió sobre la naturaleza, como un resto titánico, aquello que hizo de nosotros algo más que un ente, infinitamente más, cuyo único e ineluctable destino y último significado era el sentirse estar definido por aquellas normas inexorables.

Ellas, como las inmortales Erinnias, se cernían sobre todo lo físico y sobre todas las formas de vida, cuya más alta perfección la constituía el hombre natural.

Al crear el proceso histórico, la humanidad justifica a Prometeo creando su verdadero y grandioso destino.

El proceso histórico, encuadrado en la realidad natural, es la encarnación, incesantemente superada, de un mundo extraño y trascendente que irrumpe a través del ser humano.

Este mundo extraño es el mundo de los valores. Explicitémosnos:

El proceso histórico se realiza cuando este mundo trascendente, el mundo de los valores, interrumpe y modifica por medio del ser humano, ya elevado a la categoría de persona histórica, el curso regular de la naturaleza, cuya íntima estructura, la de este proceso, escapa a la subordinación explicativa de las leyes naturales.

El acaecer histórico clama por una ciencia que, consciente de la absoluta impotencia e ineficacia de las leyes naturales, intente hacer de él objeto de una nueva y autónoma disciplina.

Esta es la ciencia histórica.

Lo que siempre estará por encima de la ley y rebelde a su yugo, es el planteamiento del problema de por qué ahora, aquí, en este lugar, acontece este determinado suceso.

Los objetos de la ciencia histórica, siguiendo nuestro plan, se nos dan en el tiempo pero sin estar sometidos a ninguna ley.

La realidad histórica no es una realidad plenamente autónoma, sino que es aquella que el ser pensante crea por sobre este eterno devenir, en cuyo seno el hombre natural agotaría toda su significación.

La ciencia histórica tendría bajo sí un conjunto de procesos que estimados cada uno en su peculiar individualidad, serían incomprensibles por la ley.

Lo que da a toda ciencia su carácter esencial es la búsqueda de la verdadera comprensión de sus objetos; en nuestro caso, los procesos históricos. Perdería la ciencia este carácter si se limitara con exclusividad a ejercer una mera función descriptiva.

¿Cómo realiza la ciencia histórica la verdadera comprensión de sus objetos? Por necesidad primordial, los procesos históricos cumplen su riguroso destino de ser generados por el hombre y hacia el hombre. En otros términos, el acaecer histórico obedece a un fin incorporado por el hombre que, como sentido del mismo acontecer, convierte a éste de un puro proceso cuya realidad se extinguiría en su propio ser, en un medio preñado de forma valórica, el único trampolín por el que encontrará los cimientos de su eternidad.

La comprensión de la ciencia histórica es la llamada comprensión teleológica-noética.

Toda la naturaleza está envuelta en esta realidad histórica; vale decir, el devenir incesante de la naturaleza ha sido modificado y estructurado por la temporalización de los valores. Y esta realidad, para la ciencia histórica, es inabarcable en toda su amplitud.

La selección de estos procesos históricos debe brotar de la misma na-

turalidad de ellos. La cultura, aquel reino originado por los valores, impone, diríamos, el criterio seleccionador de esta ciencia histórica, por cuanto ésta se atenderá con severa exclusividad a aquellos procesos que mantengan con estas formas culturales estrechas conexiones. Por esta razón llamamos a las ciencias históricas, ciencias culturales.

Dirijamos nuestra interpretación a aquel suceder histórico que, gravitando sobre seis siglos, logró, en virtud de los valores que humanizaba, con un supremo esfuerzo pleno de voluntad consciencia, arrancarse del mundo temporal.

El pueblo griego vivió con inigualable intensidad el verdadero destino del hombre. En unos versos de Píndaro se encuentra bellamente expuesto este pensamiento. Dicen así:

“ ¡Alma mía!
“ no aspire más allá de lo posible
“ cual si fueras deidad;
“ pero sí agota hasta el último límite
“ tus fuerzas.

(Oda Pítica III).

Desde este nuevo ángulo visual nos es del único modo comprensible el por qué, siguiendo a Jaeger, la cultura no era para este gran pueblo un aparato externo de la vida, inabarcable, fluyente y anárquico. ¿Qué significación podía tener para el griego la cultura, cuando ésta era la representación única, el verdadero fruto palpitante de aliento espiritual, que éste había, con las manos sangrantes, extraído de aquel mundo originario?

El mundo nuestro se ha generado del griego por aquellos monumentos de formas culturales que hemos recibido fatalmente, por ser los continuadores forzados que nos designa el devenir natural. Pero hemos recibido, por una razón humana, nada más que una gigantesca armazón, una soberbia trama espiritual, un complicado mecanismo que deviene totalmente hostil a la eternización del hombre moderno.

El curso de la historia occidental podríamos definir con una sediciosa metáfora:

De seres poseedores y creadores de una vida espiritual eternamente renovada e incesantemente vivificada en las fuentes de donde brota todo impulso creador, nos hemos convertido en seres “sabedores”; herederos de éstas formas universales y condenados fatal y expiatoriamente a asomarnos por sobre ella, retirándonos despavoridos, delirantes y enceguecidos. En esta etapa de espiritual desesperación, buscamos con mirada anhelante aquellas fuerzas conscientes de nuestro espíritu, vividas por vez primera en aquel joven pueblo de genio creador, que estructuró, con el frescor matinal, aquellas formas más altas de la cultura.

Transcribo, con profundo respeto, un pasaje de un discurso de Pericles que, con exacta visión, describe el destino "natural" de los procesos históricos:

"Así ha adquirido y conservado hasta el día de hoy — dice, refiriéndose a Atenas — este gran poder, que si ahora se pierde o disminuye, como naturalmente sucede a todas las cosas, se perderá también la memoria, para siempre entre los venideros, no solamente de Atenas sino también del Imperio de los griegos". Y las altas cumbres nos devuelven estos ecos: ¡No! ¡Mil veces no! ¡Tu Atenas, tu Grecia, insigne Pericles, se ha alzado por sobre el destino temporal!".

El manantial de tu eternidad, yo te aseguro, oh Grecia, será el abrevadero de otra nueva eternidad!

Gastón Gómez Lasa.
(II Año Historia).

